

Educación de los Jesuítas

PANEGIRICO DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

PREDICADO EN LA IGLESIA TITULAR DEL SANTO, EL 31 DE JULIO
DE 1903, POR EL SR. DR. D. RAFAEL M. CARRASQUILLA, RECTOR
DEL COLEGIO DEL ROSARIO

*Omnis scriba doctus in regno coelorum si-
milis est homini patrifamilias qui profert
de thesauro suo nova et vetera.*

Math., XIII, 52.

Ilustrísimo Señor ; respetable Claustro :

La gracia no muda la naturaleza sino la perfecciona ; y al enderezar el hombre hacia el bien, no violenta la voluntad sino la fortifica. Cuando el pecador se torna santo, no pierde el carácter, que es la fisonomía del alma ; ni las pasiones, que son los resortes de la actividad ; ni las buenas prendas humanas, materia á que sirve de forma sustancial la gracia divina.

Compruébase maravillosamente esta doctrina en la conversión de San Ignacio de Loyola. Era hidalgo, y jamás pensó que para servir á Dios fuera preciso dejar de ser caballero ; era ambicioso, y siguió siéndolo, pero no de su gloria, sino de la divina ; al servicio de un rey, pero trocó el del Monarca de España por el del Rey del cielo. Había sido soldado y jefe de una compañía, y armó nueva milicia y fundó otra Compañía : la de Jesús ; pero no para luchar por los mezquinos intereses terrenos, ni por hombre, ni por facciones, sino por Dios y por las almas ; y no contra ejércitos, ni contra enemigos de carne y de sangre, sino contra los principados y potestades invisibles, que son los amos del mundo, y que imperan en las almas para destruir el reino de Dios, que está dentro de cada uno de nosotros. *Non est nobis colluctatio adversus carnem et sanguinem, sed adversus principes et potestates, adversus mundi rectores tenebrarum harum* (1).

(1) Eph. VI, 21.

La experiencia adquirida en la milicia del tiempo le sirvió para la de la eternidad. En Pamplona aprendió que la guerra meramente defensiva lleva tarde ó temprano á la derrota, y que de ella sale el Capitán lleno de gloria, pero herido y prisionero. Por eso en la segunda campaña combinó el ataque con la resistencia; se tomó á viva fuerza las almas echando de ellas á Satanás y sus pompas y sus obras con el ariete de los ejercicios espirituales. Mas no bastaba. Mientras unos soldados luchan, otros están reparando las obras de defensa y construyendo otras nuevas; al paso que se reforman los adultos, es preciso educar á los niños.

En ocasión como ésta, año tras año, hemos oído la relación de la vida de San Ignacio; el elogio de sus grandezas y virtudes, el panegírico de sus Ejercicios; las obras admirables de su Compañía. Hoy, cuando me habéis discernido el honor de ensalzar á vuestro Fundador insigne, deseo hablar de su fecunda labor educadora. Tendrá lo que diga, á lo menos, relativa novedad, y acaso, dada la ocupación preferente de mi vida, pueda hablar con menos impericia. Y decir cómo se educa al niño, será provechosa enseñanza para los padres de familia y estímulo para los jóvenes que me oyen. *Maria, sedes sapientiae, intercedat pro nobis. Ave María.*

Educar al hombre, es decir, perfeccionarlo, desarrollando progresiva y armónicamente el ejercicio de sus potencias, en orden á su último fin, es no sólo la tarea más digna de la criatura racional, sino que es tarea digna de Dios. Formó el Creador el cuerpo de Adán, dióle alma con el aliento de su boca, lo elevó al orden sobrenatural, y lo educó en seguida revelándole toda verdad y enseñándole el lenguaje que le permitió llamar á los animales por sus nombres y enseñorearse de ellos. Lo que hizo por Adán directamente, lo hace para sus descendientes por medio del padre y de la madre. Forman ellos el cuerpo de su hi-

jo; Dios crea el ánima viviente y racional, y ellos educan al hombre nuevo desde que aparece en el mundo. Y es más noble atribución ésta que aquélla, porque comunicar el propio sér corresponde también á los brutos y aun á las plantas; pero educar es sólo de Dios y de los padres. Más debemos á los nuestros por la enseñanza que por la naturaleza que nos dieron; y la imagen del mío me entenece más al acordarme de sus lecciones que al recordar sus cuidados y caricias.

El hombre cayó de su grandeza y olvidó las divinas enseñanzas, y el Verbo se hizo carne y habitó en medio de nosotros, no sólo para reparar nuestra caída redimiéndonos, sino para educarnos de nuevo con palabras y ejemplos. Dejó su labor educadora á la Iglesia: *euntes docete omnes gentes*, sin quitársela al padre de familia: y por eso sólo los padres y los ministros de Dios tienen derecho inmediato de enseñar. Los demás maestros, inclusive el Estado cuando funda escuelas y colegios, sólo tienen autoridad delegada por los padres del niño y por la Iglesia católica. Por eso la escuela laica y obligatoria constituye un doble atentado contra la autoridad eclesiástica y la paterna, ambas derivadas de Dios; y es, por lo mismo, crimen de lesa potestad divina y humana.

Cumplió siempre la Iglesia el divino encargo de enseñar á todas las naciones con las predicaciones de sus apóstoles y obispos, la palabra de sus catequistas y misioneros, los escritos de sus santos Padres y Doctores, los ejemplos de sus mártires, solitarios y vírgenes. Al salir de las catacumbas dio cuerpo y método á su labor docente, y se empeñó en difundir, junto con los divinos, los humanos conocimientos.

San Agustín escribió su lindo tratado *De ordine*, para mostrarnos cómo deben enseñarse las letras y las ciencias. No insisto, porque es ya lugar común, en que la Iglesia salvó, por medio de los monjes de San Benito, la antigua cultura del estrago de las irrupciones bárbaras. Los fun-

dadores de la civilización son casi todos benedictinos. Vosotros sabéis el nombre del inventor de la imprenta y del descubridor de la pólvora, del que encontró la electricidad, del que utilizó el vapor, y acaso ignoráis quién implantó en Europa la cultura de que los adelantos científicos se derivan. Esos hombres se llaman Alcuino, Casiodoro, San Beda el Venerable, San Isidro de Sevilla. No tienen estatuas en las plazas, pero sí en los altares; no son conocidos de todos, pero llenan con su vida una época entera de la Historia, y con su labor la humanidad entera.

Alcuino fundó, para secundar la benéfica acción de Carlomagno, aquellas escuelas públicas famosas que dieron nombre á la filosofía de la Edad Media, las que al llegar á su madurez después de cinco siglos, formaron la maravillosa institución llamada la Universidad; que nació adulta de las manos de la Iglesia, como Adán de las manos de Dios. Al lado de los monasterios, bajo su sombra, apareció el Colegio, el internado cristiano, el correctivo de la Universidad, como lo llama Newman. "Cuando los mozos, dice el eminente Cardenal inglés, dejan la casa paterna, y cuando han viajado por centenares de leguas en busca del saber hallan (en el Colegio), *altera Troia* y una *simulata Pergama* al fin de su jornada y en el lugar de su provisional residencia. El nuevo hogar es indispensable á los jóvenes que, no conocedores del mundo, naufragarían en él. Es refugio á la niñez inerme y desvalida, que no puede socorrerse sin el auxilio ajeno. Es asilo providencial para los débiles é inexpertos que ignoran cómo han de hárselas con las tentaciones que afuera los aguardan. Es noviciado para los que, no sólo son ignorantes, sino que todavía no han aprendido á aprender y han menester que, con esmerada enseñanza individual, los adiestren á sacar provecho de las enseñanzas del maestro. El Colegio es relicario de nuestros mejores afectos, nido de los más dulces recuerdos, hechizo para el resto de la existencia, descanso al espíritu agitado por los combates de la vida." (1).

(1) *Lectures On university subjects.*

San Ignacio fundó y ordenó fundar á su Compañía nuevos colegios sobre otro plan, destinado á satisfacer otras necesidades. El establecerlos fue obra de ardentísimo celo; pero lo que fue resultado del genio del Santo fue acomodarlos á la época nueva que había comenzado para la humanidad.

Nadie elige el siglo en que nace y en que vive. Cuando toca una edad de transición, en que muere cuanto el hombre había respetado y querido en lo humano, unos se dedican á llorar la ruina de lo pasado, sentados á la vera del camino; otros ven con profética visión lo que viene, y toman lo bueno que hallan á su rededor y lo aprovechan en bien de la eterna é incommovible Iglesia. San Ignacio era de esta segunda clase de varones.

La época en que le tocó vivir ha sido apreciada de muy diversas y aun encontradas maneras. Acaso dependa tal contradicción de que cada crítico ve, no el Renacimiento mismo, sino sus resultados, y unos se fijan en una faz y otros en la opuesta solamente.

Si el movimiento iniciado por Alcuino y adelantado lentamente al través de la Edad Media fue bueno, bueno tuvo que ser que llegase á su total desenvolvimiento. Bueno es escribir con perfección el griego y el latín, buenas las artes bellas, llevadas á la altura á que las levantaron Miguel Angel y Ticiano; buenas la imprenta, la brújula y la propagación del saber que llevó á cabo la primera, y los descubrimientos que facilitó la segunda.

El bien y el mal se aprovecharon con igual ahínco de los medios que el Renacimiento les brindaba. Aquella fue la época del Concilio de Trento, de la introducción de la fe en América, de las conquistas de San Francisco Javier; fue el siglo de San Felipe de Neri, de Santa Teresa, de Domingo de Soto y Melchór Cano. Pero aquél fue, en cambio, el siglo de la Reforma protestante, de la relajación de las costumbres, de la resurrección de hábitos paganos, del olvido de la filosofía cristiana.

San Ignacio no se puso en contra del Renacimiento, sino á su cabeza; no pretendió destruirlo, sino que se apoderó de él. Así los Reyes de Castilla no derribaron la mezquita de Córdoba, sino que la convirtieron en catedral cristiana. Entiéndase, eso sí, que él conservó intactas las sanas tradiciones católicas en punto á educación, y sólo mudó la forma á lo existente. El Evangelio prohíbe echar vino nuevo en odres viejos: el Santo Fundador puso el licor añejo de la enseñanza evangélica en las torneadas ánforas del Renacimiento científico y literario. Fue el maestro perito en el Reino de los Cielos, que sacó de su tesoro las riquezas antiguas y las nuevas.

Tentadora sería para mí una comparación entre la *Ratio studiorum* de la Compañía, que he procurado estudiar con empeño, y los métodos adelantadísimos de la Pedagogía moderna. Pero tal cosa sería más propia de una conferencia académica que de un sermón, y requeriría, además, tiempo mayor que el de que dispongo en este instante. Os presentaré en cuatro líneas el bosquejo del sistema educador de San Ignacio.

Ante todo hemos de tener en cuenta el fin á que el Santo encamina toda la labor de los maestros. El Filósofo nos enseña que lo último en la operación es en la intención lo primero, y que la final es causa de las causas. Toda la educación jesuítica tiende á aquel único negocio, á aquel *creatus est homo in hunc finem* con que empiezan los ejercicios espirituales. Aquí no se hacen sabios sino como medio de formar perfectos cristianos.

Comienza la educación intelectual por el estudio de la belleza, esplendor de lo verdadero, que dijo Platón, más fácilmente perceptible y más grata que la verdad desnuda á la inteligencia que principia; y se les suministra á los alumnos en las obras literarias, sobre todo en las griegas y latinas del período clásico de una y otra lengua. Conocidos los idiomas muertos, se adquieren con facilidad suma los vivos; y la gramática se perfecciona por la retórica, y

al lado de una y otra van aprendiéndose la literatura y los principios de las ciencias humanas.

No ignoro que escritores católicos modernos, de la escuela tradicionalista, bien intencionados pero cortos de vista intelectual, han censurado amargamente á los Jesuitas que enseñen el griego y el latín, analizando los clásicos gentiles. Ellos responden con los resultados de su educación, y á ese argumento no hay refutación valedera; con la autoridad de varones ajenos á la Compañía, como Dupanloup y Newman, con la práctica de la Santa Sede en los colegios y universidades de la Ciudad Eterna; y, por fin, con el dictamen de los Santos Padres de la Iglesia. No os cito á San Basilio, porque el trozo que hubiera de alegrar es conocido de memoria de todo alumno de curso elemental de idioma griego: voy á traer el indiscutible parecer de San Agustín. "Así como los egipcios no sólo poseían ídolos....., sino también eran dueños de vasos y adornos de oro y plata y vestidos que el pueblo de Dios tomó para sí..... para emplearlos con mejor consejo; así la doctrina de los paganos no sólo tiene fingidas y supersticiosas invenciones..... sino también encierra las disciplinas liberales más acomodadas para encontrar la verdad. Y es justo que los cristianos se apoderen, para emplearlas santamente en la difusión del Evangelio, de aquellas riquezas de que abusan perversamente los gentiles para dar culto á los demonios" (1).

Ese precepto fue cumplido por los literatos de la Compañía, quienes cantaron acompañándose con la zampoña de Teócrito ó la lira de Horacio ó la *gracili avena* de Virgilio, los misterios ternísimos de la vida del Redentor, las hazañas de los héroes cristianos, las labores del campo, los espectáculos de la naturaleza: Sarbiewsky, Balde, Rapín, Vanière, Lemoyne; y en nuestra América el Padre Landívar, autor de la *Rusticatio mexicana* y precursor latino de las silvas americanas de Bello.

(1) *Exhortación á la doctrina cristiana.*

Más el cultivo de la hermosura literaria y el de la verdad en las ciencias físicas y matemáticas son en el plan de San Ignacio escalones para más altas especulaciones humanas, para llegar á la cúspide de la sabiduría terrena, donde tiene su trono la alma filosofía, única dueña de los principios primeros que son materia de la sabiduría, y de las últimas causas que son el objeto formal de la ciencia. La vivífica filosofía de la Edad Media, que había llegado á su apogeo en el siglo XIII, se debilitó en los dos siglos siguientes y habría quedado herida de muerte con las novedades del Renacimiento. A la Compañía de Jesús se debió que reviviera con el brillo de sus mejores días y remozada y fresca. Una vez más el vino generoso y añejo servido en copas de cristal de fabricación novísima. El fondo de la doctrina es el mismo, pero ¡cuántas soluciones nuevas á los eternos problemas! Más campo á la inducción, más procedimiento histórico, mejor lenguaje: que para ser exacto no es preciso escribir en mal latín, y la precisión es hermana mayor de la elegancia.

Esa filosofía tuvo su más alto representante en Suárez, el eximio, el de entendimiento de ángel y candor de niño, el que al rendir el último suspiro se asombraba de que que fuera tan dulce el morir.

No soy discípulo suyo en algunos puntos opinables en que él se aparta de Santo Tomás; pero ¡cómo se aprende en sus obras, y cómo, al estudiarlo, al par que se va llenando de luz el pensamiento, se asciende la voluntad en amor divino, y en anhelos de santidad y en nostalgia del cielo!

La filosofía es la humilde sierva de la teología sagrada. Hasta aquí me he atrevido á seguir de lejos la marcha de los estudios de la Compañía. Para hablaros de la serie no interrumpida de teólogos insignes que han venido desde Láinez hasta Palmieri, que aún vive, me faltan el tiempo y las fuerzas; y en todo caso, aunque yo las poseyera faltarían á los fieles que me oyen.

Los estudios de los Colegios de los Jesuítas giran sobre dos ejes, establecidos sólidamente por San Ignacio; sobre el cariño entrañable que los Padres inspiran á sus alumnos, y sobre una severa disciplina que fortifica la voluntad y templá el carácter. El cariño endulza el rigor de la disciplina, y ésta no deja que el afecto degeneré. La variedad de ejercicios quita al estudio la monotonía e impide la rutina, y los temas frecuentes de composición, y los círculos semanales y las disputaciones menstruas, hacen que el discípulo no sea mero receptor pasivo de ajenas enseñanzas, sino colaborador activo de la tarea de sus maestros. El niño está rodeado, sin cesar, de estímulos; la recompensa no se hace esperar nunca; y al fin del año la premiación, inventada por San Ignacio mismo, llena las esperanzas legítimas y es aguijón para no desmayar en la tarea.

Todo ello, y la educación física á que se presta atención suma, tiende únicamente á formar no como diría un pedagogo mundano, hombres virtuosos, sino buenos y perfectos cristianos, y, si es posible, santos; almas que den á Dios gloria extrínseca, sirviéndole, reverenciándole, alabándole y salvándose en la eternidad. Para conseguirlo vienen la conveniente división de los alumnos por edades e inclinaciones, la vigilancia minuciosa, incesante, nunca pesada ni depresiva al niño; los ejemplos de los maestros; la enseñanza religiosa, dada, sin sentirlo, á toda hora; no sólo al explicar el catecismo, no sólo en las pías colaciones de la capilla, sino en las pláticas alegres del recreo, y al enseñarles á Euclides, y al comentarles á Virgilio, y al iniciarlos en la encumbrada filosofía de Suárez y Molina. Y más que todo, la formación cristiana se obtiene con la piedad y con sus prácticas. Piedad ilustrada, sólida, varonil, sin rigores ni escrúpulos jansenistas, sin el espíritu enfermizo de cierta devoción moderna, que pretende ponerse al alcance de los que no aman á Dios, ni son capaces de vencimiento propio. Piedad es la de la Compañía chupada de la medula de la Iglesia romana, la de Alonso Rodrí-

guez, la de Luis de la Puente. Esa educación produjo entre los novicios y escolásticos de la Compañía tres ángeles en carne humana : San Luis Gonzaga, San Estanislao de Kostka, San Juan Berchmans. .

La época en que estamos, ¿ será un período normal en la Historia ó un momento de transición fundamental ? ¿ El siglo xx será continuación de los tres precedentes, ó como el siglo xvi, principio de una éra novísima ? Ni tengo la visión de San Ignacio para adivinarlo, ni me preocupa resolver el problema, puesto que no soy conductor de nadie, y mi obligación es seguir el impulso que venga de mis superiores. Pero si estamos en vísperas de totales mudanzas, como la conducta de León XIII lo deja sospechar, la Iglesia trasegará una vez más el vino á nuevos odres, y sacará de su tesoro lo antiguo y lo reciente. La Compañía de Jesús siempre ha representado lo más genuino de las tendencias de la Sede Apostólica. Tengo esperanza firmísima de que en el siglo xxii ser discípulo de los Jesuitas sea tan justo motivo de santo orgullo como lo es ahora.

EN HONOR DE SAN LUIS GONZAGA

Para celebrar la fiesta del angelical Patrono de la juventud, tuvo el Colegio de San Bartolomé, el 21 de Junio pasado, una sesión literaria, en que se declamaron varias composiciones de mérito, en prosa y en verso, compuestas por los alumnos. Publicamos, como muestra, las siguientes quintillas.

Todos esos trabajos han aparecido en un tomito, bellamente impreso en *La Luz*, con este título : *Ensayo literario compuesto y declamado por alumnos de 5º y 6º curso del Colegio Nacional de San Bartolomé, en honor de su angélico Patrono San Luis Gonzaga.* Páginas 93. 8º menor.